



NARRATIVA

La escritora británica, que ha vendido millones de ejemplares en todo el mundo, relata con todo detalle las experiencias sexuales de una joven de 18 años

Derroche de fluidos

JUAN FRANCISCO FERRÉ

ZONAS HÚMEDAS

- Autor: Charlotte Roche.
- Editorial: Anagrama.
- Nº Págs.: 208.

CON 'Zonas húmedas', esta estimulante propuesta narrativa de Charlotte Roche (Londres, 1978), su autora ha logrado el más alto galardón que concede el mercado editorial: vender millones de copias en todo el mundo de este jugoso tratado sobre la vida en el cuerpo en una sociedad que parece más preocupada por la conservación o embellecimiento del mismo que por cualquier otro asunto. Todo un éxito inesperado en la era del porno gratuito y omnipresente en Internet. 'Zonas húmedas' es eso también: una webcam femenina donde lo real y lo diferido anulan sus diferencias al hacerse escritura.

Con inteligencia estratégica, Roche ha acertado al ambientar su intrascendente crónica en un hospital y concederle el protagonismo a la anatomía más íntima de una chica mala. Helen, cuyas experiencias sexuales, a pesar de sus dieciocho años, superan en cantidad y refinamiento a las de muchos adultos. Experta en la obtención de placer físico por cualquier vía, va sea anal, oral o vaginal, en solitario o con amantes de cualquier género, edad, raza o situación, la incorregible Helen se presenta desnuda ante el lec-



ADAPTACIÓN TEATRAL. Dos actores, durante la representación de 'Zonas húmedas' en Alemania. / J.S.AFF

tor desde el principio, más allá de todo pudor o tabú, y realiza sin apenas inmutarse un strip-tease para dójico para demostrar que la piel no es, de ninguna manera, lo más profundo.

Recovecos del cuerpo

Cada uno de los rincones y recovecos de este cuerpo postrado contiene un suculento historial clínico de anécdotas y una caprichosa analítica de preferencias sensuales y sexuales que Roche explora y explota con ingenio asociativo.

A partir de la premisa de una de-

licada operación de hemorroides, la paciente Helen aborda la descripción sistemática de sus estados fisiológicos durante esa estancia hospitalaria que ella alarga más allá de lo razonable con el doble propósito de escapar a una vida anodina y restaurar la armonía imposible de su traumática familia.

Al final de ese viaje inmóvil a los confines de la carnalidad, le aguarda el amor. De ese modo, entre la comezón anal del comienzo y los latidos sentimentales del corazón de Helen, la novela parece hallar una solución irónica a sus escabrosas

incurSIONES en los dominios de lo sórdido, lo repulsivo, lo inmundo y lo abyecto. Si se quiere, esta novela se suma a las tentativas de un siglo en que el cuerpo femenino ha ido apropiándose de los modos de expresión tradicionalmente masculinos con objeto de inscribir en ellos una práctica existencial hasta cierto punto diferente. Desde Molly Bloom, la marioneta lúbrica manejada por un maestro deslenguado como Joyce, o las heroínas libérrimas de Lawrence, como Lady Chatterley, hasta la gran Kathy Acker, sentándose a escribir con el

bolígrafo en una mano y la otra ocupada en masajear su sexo con el vibrador como incitante a la experimentación literaria más desenfrenada, o las provocadoras Catherine Millet y Virginie Despentes, antagónicas aventureras sexuales del presente. La cultura de este nuevo siglo parece al fin liberada de todas las restricciones expresivas que la atenazaban para poder registrar sin escándalo la pluralidad innata del sexo en los archivos del conocimiento humano. Con su derroche incontinente de fluidos viscosos, experiencias extremas y prácticas indecibles, Roche quizá no dé un paso adelante respecto de estas autoras en lo que supondría la consolidación de una estética literaria.

Perspectiva médica

Lo que sí logra es inscribir su historia personal en un contexto coetáneo de desacralización consumada del cuerpo. Un cuerpo afrontado desde la perspectiva médica como un campo de investigación tan riguroso como excitante, tan gozoso como libre de prejuicios, desnudado de toda pretensión de trascendencia o idealización, reducido a localizaciones somáticas, órganos y orificios, funciones fisiológicas, pero también a sensaciones y placeres. Quizá no seamos, como dice Roche, más que «animales altamente desarrollados». En tanto tales, en cualquier caso, no habría «mucha diferencia entre hombres y mujeres».

Este explosivo breviarío de Roche confirma que el cuerpo, con todas sus amenazas y males, es aún nuestro mayor cómplice cuando se trata de mantenernos conectados a la intensidad subversiva de la vida. En este sentido, 'Zonas húmedas', un libro tan absorbente como instructivo, propone una ética erótica de amor al propio cuerpo cuya validez sólo puede confirmarse en comunicación con el cuerpo del otro.